

nombre, para no temer que he de morir a sus manos! Este tal doctor dice él mismo de sí mismo que él no cura las enfermedades, cuando las hay, sino que las previenen para que no vengan; y las medicinas que usa son dietas y más dietas, hasta poner la persona en los huesos mondos, como si no fuese mayor mal la flaqueza que la calentura. Finalmente; él me va matando de hambre, y yo me voy muriendo de despecho; pues cuando pensé venir a este gobierno a comer caliente y a beber frío, y a recrear el cuerpo entre sábanas de holanda, sobre colchones de pluma, he venido a hacer penitencia como si fuera ermitaño; y como no la hago de mi voluntad, pienso que, al cabo, al cabo, me ha de llevar el diablo.

Hasta agora no he tocado derecho ni llevado cohecho, y no puedo pensar en qué va esto; porque aquí me han dicho que los gobernadores que a esta ínsula suelen venir, antes de entrar en ella, o les han dado, o les han prestado los del pueblo muchos dineros, y que ésta es ordinaria usanza en los demás que van a gobiernos, no solamente en éste.

Yo visito las plazas, como vuesa merced me lo aconseja, y ayer hallé una tendera que vendía avellanas nuevas, y averigüéle que había mezclado con una hanega de avellanas nuevas otra de viejas, vanas y podridas: apliquélas todas para los niños de la doctrina, que las sabrán bien distinguir, y sentenciéla que por quince días no entrase en la plaza: hanme dicho que lo hice valerosamente. Lo que sé decir a vuesa merced es, que es fama en este pueblo que no hay gente más mala que las placeras, por que todas son desvergonzadas, desalmadas y atrevidas; y yo así lo creo por las que he visto en otros pueblos.

De que mi señora la Duquesa haya escrito a mi mujer Teresa Panza, y enviádole el presente que vuesa merced dice, estoy muy satisfecho, y procuraré de mostrarme agradecido a su tiempo; bésele vuesa merced las manos de mi parte, diciendo que digo yo que no lo he echado en saco roto, como lo verá por la obra. No querría que vuesa merced tuviese trabacuentas de disgusto con esos mis señores; porque si vuesa merced se enoja con ellos, claro está que ha de redundar en mi daño; y no será bien que pues se me da a mí por consejo que sea agradecido, que vuesa merced no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y con tanto regalo trata en su castillo.

Aquello del gateado no entiendo; pero imagino que debe de ser alguna de las malas fechorías que con vuesa merced suelen usar los malos encantadores: yo lo sabré cuando nos veamos. Quisiera enviarle a vuesa merced alguna cosa; pero no sé que envíe, si no es algunos cañutos de jeri-

gas, que para con vejigas los hacen en esta ínsula muy curiosos; aunque, si me dura el oficio, yo buscaré qué enviar de haldas o de mangas, Si me escribiere mi mujer Teresa Panza, pague vuesa merced el porte, y envíeme la carta; que tengo grandísimo deseo de saber del estado de mi casa, de mi mujer y de mis hijos. Y con esto, Dios libre a vuesa merced de mal intencionados encantadores, y a mí me saque con bien y en paz deste gobierno, que lo dudo, porque le pienso dejar con la vida, según me trata el doctor Pedro Recio.

Criado de vuesa merced,

Sancho Panza, el gobernador.»

Cerró la carta el secretario, y despachó luego al correo; y juntándose los burladores de Sancho, dieron orden entre sí cómo despacharle del gobierno; y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba ser ínsula, y ordenó que no hubiese regatones de los bastimentos en la república, y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento que declarasen el lugar de donde era, para ponerle el precio según su estimación, bondad y fama, y el que lo aguase o le mudase el nombre perdiese la venta por ello: moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corría con exorbitancia; puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban a rienda suelta por el camino del interés; ordenó que ningún ciego cantase milagro en coplas, si no trujese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los más que los ciegos cantan son fingidos, en perjuicio de los verdaderos.

Hizo y creó un alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran; porque a la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa andan los brazos ladrones y la salud borracha. En resolución, él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran: *las constituciones del gran gobernador Sancho Panza.*

CAPÍTULO LIII

Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza.

Pensar que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado, es pensar en lo excusado; antes parece que en ella anda todo en redondo, digo, a la redonda. A la primavera sigue el verano, al verano el

estío, al estío el otoño, y al otoño el invierno, y al invierno la primavera; y así torna a andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre a su fin, ligera más que el viento, sin esperar renovarse, sino es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético; porque esto de entender la ligereza e inestabilidad de la vida presente, y de la duración de la eterna que se espera, muchos, sin lumbre de fe, sino con la luz natural, lo han entendido; pero aquí nuestro autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fué como en sombra y humo el gobierno de Sancho, el cual, estando la décimaséptima noche de los días de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres, y de hacer estatutos y pragmáticas; cuando el sueño, a despecho y a pesar de la hambre, le comenzaba a cerrar los párpados, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecía sino que toda la insula se hundía. Sentóse en la cama, y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que podía ser la causa de tan grande alboroto; pero, no sólo no lo supo, sino que, añadiéndose al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y atambores, quedó más confuso y lleno de temor y espanto; y levantándose en pie, se puso unas chinelas, por la humedad del suelo, y sin ponerse sobrerropa de levantar ni cosa que se le pareciese, salió a la puerta de su aposento a tiempo cuando vió venir por unos corredores más de veinte personas con hachas encendidas en las manos y con las espadas desenvainadas, gritando todos a grandes voces.

—¡Arma, arma, señor Gobernador! ¡Arma! ¡Que han entrado infinitos enemigos en la insula, y somos perdidos si vuestra industria y valor no nos socorre!

Con este ruido, furia y alboroto llegaron donde Sancho estaba, atónito y embelesado de lo que oía y veía; y cuando llegaron a él, uno le dijo:

—Armede luego vuestra señoría, si no quiere perderse y que toda la insula se pierda.

—¿Qué me tengo de armar—respondió Sancho—, ni qué sé yo de armas ni de socorros? Estas cosas mejor será dejarlas para mi amo Don Quijote, que en dos paletadas las despachará y pondrá en cobro; que yo, ¡pecador fui a Dios!, no se me entiende nada destas priesas.

—¡Ah, señor Gobernador!—dijo otro—¿Qué relente es ése? Armese vuesa merced; que aquí le traemos armas ofensivas y defensivas, y salga a esa plaza, y sea nuestra guía y nuestro capitán; pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro gobernador.

—Armenme norabuena—replicó Sancho.

Y al momento le trujeron dos paveses (que venían proveídos dellos), y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un pavés delante y otro detrás, y por unas concavidades que traían hechas, le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, a la cual se arrimó para poder tenerse en pie. Cuando así le tuvieron, le dijeron que caminase y los guiase, y animase a todos; que siendo él su norte, su lanterna y su lucero, tendrían buen fin sus negocios.

—¿Cómo tengo de caminar, ¡desventurado yo!—respondió Sancho—, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas, que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado o en pie en algún postigo; que yo le guardaré o con esta lanza o con mi cuerpo.

—Ande, señor Gobernador—; que más el miedo que las tablas le impide el paso: acabe y menéese; que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces se aumentan, y el peligro carga.

Por cuyas persuasiones y vituperios probó el pobre Gobernador a moverse, y fué dar consigo en el suelo tan grande golpe, que pensó que se había hecho pedazos. Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas, o como medio tocino metido entre dos artesas, o bien así como barea que da al través en la arena; y no por verle caído aquella gente burladora, le tuvieron compasión alguna; antes, apagando las antorchas, tornaron a reforzar las voces y a reiterar el arma con tan grande priesa, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses; que si él no se recogiera y encogiera, metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre Gobernador, el cual, en aquella estrechez recogido, sudaba y trasudaba, y de todo corazón se encomendaba a Dios, que de aquel peligro le sacase.

Unos tropezaban en él, otros caían, y tal hubo que se puso encima un buen espacio y desde allí, como desde atalaya, gobernaba los ejércitos, y a grandes voces decía:

—¡Aquí de los nuestros, que por esta parte cargan más los enemigos! ¡Aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranqueen! ¡Vengan alcancías de pez y resina, y calderas de aceite ardiendo, trinchéense las calles con colchones!

En fin, él nombraba con todo ahinco todas las baratijas e instrumentos y pertrechos de guerra, con que suele defenderse el asalto de una ciudad; y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufría todo, decía entre sí:

—¡Oh, si mi Señor fuese servido que se acabase ya de perder esta ínsula, y me viese yo o muerto o fuera desta grande angustia!

Oyó el cielo su petición; y cuando menos lo esperaba, oyó voces que decían:

—¡Vitoria, vitoria! Los enemigos van de vencida: ea, señor Gobernador, levántese vuesa merced, y venga a gozar del vencimiento, y a repartir los despojos que se han tomado a los enemigos por el valor dese invencible brazo.

—Levántenme—dijo con voz doliente el dolorido Sancho.

Ayudáronle a levantar, y puesto en pie dijo:

—El enemigo que yo hubiere vencido, quiero que me le claven en la frente; yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar a algún amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjугue este sudor, que me hago agua.

Limpiáronle, trujeronle el vino, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor, del sobresalto y del trabajo. Ya les pesaba a los de la burla de habérsela hecho tan pesada; pero el haber vuelto en sí Sancho les templó la pena que les había dado su desmayo. Preguntó qué hora era; respondiéronle que ya amanecía. Calló, y sin decir otra cosa, comenzó a vestirse, todo sepultado en silencio; y todos le miraban, y esperaban en qué había de parar la priesa con que se vestía.

Vistióse, en fin, y poco a poco, porque estaba molido, y no podía ir mucho a mucho, se fué a la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban; y llegándose al Rucio, le abrazó y le dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos, le dijo:

—Venid vos acá, compañero mío y amigo mío y conlevador de mis trabajos y miserias: cuando yo me avenía con vos, y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo, dichas eran mis horas, mis días y mis años; pero después que os dejé, y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos.

Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba asimismo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dijese. Enalbardado, pues, el Rucio, con gran pena y pesar subió sobre él, y encaminando sus palabras y razones al mayordomo, al secretario, al maestresala y a Pedro Recio el doctor y a otros muchos, que allí presentes estaban, dijo:

—Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad, dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsu-

las ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende a mí de arar y cavar, podar y sarmentar las viñas, que de dar leyes, ni de defender provincias ni reinos. Bien se están san Pedro en Roma: quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fué nacido. Mejor me está a mí una hoz en la mano que un cetro de gobernador; más quiero hartarme de gazpachos que estar sujeto a la miseria de un médico impertinente, que me mate de hambre, y más quiero recostarme a la sombra de una encina en el verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de Holanda y vestirme de martas cebollinas. Vuestas mercedes se queden con Dios, y digan al Duque, mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas. Y apartense: déjenme ir, que me voy a bizmar; que creo que tengo brumadas todas las costillas, merced a los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí.

—No ha de ser así, señor Gobernador—dijo el doctor Recio—; que yo le daré a vuesa merced una bebida contra caídas y molimientos, que luego le vuelva en su pristina entereza y vigor; y en lo de la comida, yo prometo a vuesa merced de enmendarme, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere.

—Tarde piache—respondió Sancho—; así dejaré deirme como volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios, que así me quede en éste, ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas. Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunque sean pares, a pesar de todo el mundo. Quéndese en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos a andar por el suelo con pie llano; que si no le adornaren zapatos picados de cordobán, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda: cada oveja con su pareja, y nadie tienda más la pierna de cuanto fuere larga la sábana: y déjenme pasar, que se me hace tarde.

A lo que el mayordomo dijo:

—Señor Gobernador, de muy buena gana dejáramos ir a vuesa merced, puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio y su cristiano proceder obligan a desearlo; pero ya sabe que todo gobernador está obligado, antes que se ausente de la parte donde ha gobernado, a dar primero residencia; déla vuesa merced de los diez y siete días que ha tiene el gobierno, y váyase a la paz de Dios.

—Nadie me la puede pedir—respondió Sancho—, si no es quien ordenare el Duque, mi señor; yo voy a verme con él, y a él se la daré de molde; cuanto más, que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar a entender que he gobernado como un ángel.

—Par Dios, que tiene razón el gran Sancho—dijo el doctor Recio—, y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el Duque ha de gustar infinito de verle.

Todos vinieron en ello, y le dejaron ir, ofreciéndole primero compañía y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje. Sancho dijo que no quería más de un poco de cebada para el Rucio, y medio queso y medio pan para él; que pues el camino era tan corto, no había menester mayor ni mejor repostería. Abrazáronle todos, y él, llorando, abrazó a todos, y los dejó admirados, así de sus razones como de su determinación tan resoluta y tan discreta.

CAPÍTULO LIV

Que trata de cosas tocantes a esta historia, y no a otra alguna.

Sancho, entre alegre y triste, venía caminando sobre el Rucio a buscar a su amo, cuya compañía le agradaba más que ser gobernador de todas las ínsulas del mundo. Sucedió, pues, que no habiéndose alongado mucho de la ínsula del su gobierno (que él nunca se puso a averiguar si era ínsula, ciudad, villa o lugar la que gobernaba), vió que por el camino por donde él iba venían seis peregrinos con sus bordones, destos extranjeros que piden la limosna cantando; los cuales, en llegando a él se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron a cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, si no fué una palabra, que claramente pronunciaba *limosna*, por donde entendió que era limosna lo que en su canto pedían; y como él, según dice Cide Hamete, era caritativo además, sacó de sus alforjas el medio pan y medio queso, de que venía proveído, y diólos dello, diciéndoles por señas que no tenía otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana y dijeron:

—*Geld, geld.*

—No entiendo—respondió Sancho—qué es lo que me pedís buena gente. Entonces uno dellos sacó una bolsa del seno, y mostrósela a Sancho, por donde entendió que le pedían dineros; y él, poniéndose el dedo pulgar

en la garganta y extendiendo la mano arriba, les dió a entender que no tenía ostugo de moneda; y picando al Rucio, rompió por ellos; y al pasar, habiéndole estado mirando uno dellos con mucha atención, arremetió a él, echándole los brazos por la cintura, y en voz alta y muy castellana dijo: —¡Válame Dios! ¿Qué es lo que veo? ¿Es posible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino, Sancho Panza! Sí tengo sin duda, porque yo ni duermo ni estoy ahora borracho.

Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre y de verse abrazar del extranjero peregrino; y después de haberle estado mirando, sin hablar palabra, con mucha atención, nunca pudo conocerle; viendo su suspensión el peregrino le dijo:

—¿Cómo? Y ¿es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces a tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar?

Entonces Sancho le miró con más atención, y comenzó a refigurarle, y finalmente le vino a conocer de todo punto; y sin apearle del jumento, le echó los brazos al cuello y le dijo:

—¿Quién diablos te había de conocer, Ricote, en ese traje de moharracho que traes? Dime ¿quién te ha hecho franchote? Y ¿cómo tienes atrevimiento de volver a España, donde, si te cogen y conocen, tendrás harta mala ventura?

—Si tú no me descubres, Sancho—respondió el peregrino—, seguro estoy; que en este traje no habrá nadie que me conozca; y apartémonos del camino a aquella alameda que allí parece, donde quieren comer y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son muy apacible gente, y yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido después que me partí de nuestro lugar por obedecer el bando de su Majestad, que con tanto rigor a los desdichados de mi nación amenazaba, según oíste.

Hízolo así Sancho; y hablando Ricote a los demás peregrinos, se apartaron a la alameda que se parecía, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, quitáronse las mucetas o esclavinas, y quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos y muy gentiles hombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traían alforjas, y todas, según pareció, venían bien proveídas, a lo menos de cosas incitativas y que llaman a la sed de dos leguas. Tendieronse en el suelo; y haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cebollas, nueces, rajadas de queso, huesos mundos de jamón, que, si no se dejaban mascar, no defendían el ser chupados; pusieron asimismo un manjar negro, que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre. No faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno,

pero sabrosas y entretenidas; pero lo que más campeó en el campo de aquel banquete fueron seis botas de vino; que cada uno sacó la suya de su alforja; hasta el buen Ricote, que se había transformado de morisco en alemán o en tudesco, sacó la suya, que en grandeza podía competir con las cinco. Comenzaron a comer con grandísimo gusto y muy de espacio saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa; y luego al punto todos a una levantaron los brazos y las botas en el aire: puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecía sino que ponían en él la puntería; y desta manera meneando las cabezas a un lado y a otro, señales que acreditan el gusto que recibían, se estuvieron un buen espacio, trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas.

Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolía; antes, por cumplir con el refrán, que él muy bien sabía, de «cuando a Roma fueres, haz como vieres», pidió a Ricote la bota, y tomó su puntería como los demás, y no con menos gusto que ellos. Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas; pero la quinta no fué posible, porque ya estaban más enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegría que hasta allí habían mostrado.

De cuando en cuando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho y decía: «Español y tudesqui tuto uno bon compañero»; y Sancho respondía: «Bon compañero, jur a Dí»; y disparaba con una risa que le duraba una hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le había sucedido en su gobierno; porque sobre el rato y tiempo cuando se come y bebe, poca jurisdicción suelen tener los cuidados. Finalmente, el acabárseles el vino fué principio de un sueño que dió a todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles; solos Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habían comido más y bebido menos; y apartando Ricote a Sancho, se sentaron al pie de una haya, dejando a los peregrinos sepultados en dulce sueño, y Ricote, sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana le dijo las siguientes razones:

—Bien sabes, ¡oh, Sancho Panza!, vecino y amigo mío, cómo el pregón y bando que su Majestad mandó publicar contra los de mi nación puso terror y espanto en todos nosotros; a lo menos en mí le puso de suerte, que me pareció que antes del tiempo que se nos concedía para que hiciésemos ausencia de España, ya tenía el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené, pues, a mi parecer, como prudente (bien así como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse), ordené, digo, de salir

yo solo, sin mi familia, de mi pueblo, y ir a buscar donde llevarla con comodidad, y sin la priesa con que los demás salieron; porque bien ví, y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran sólo amenazas, como algunos decían, sino verdaderas leyes, que se habían de poner en ejecución a su determinado tiempo; y forzábame a creer esta verdad, saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenían, y tales, que me parece que fué inspiración divina la que movió a su Majestad a poner en efecto tan gallarda resolución; no porque todos fuésemos culpados; que algunos había cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podían oponer a los que no lo eran; y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razón fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos; pero al nuestro la más terrible que se nos podía dar.

Do quiera que estamos, lloramos por España; que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural. En ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea; y en Berbería y en todas las partes de África, donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, allí es donde más nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver a España, que los más de aquellos (y son muchos), que saben la lengua como yo, se vuelven a ella, y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque allí nos hacían buen acogimiento, quise verlo todo.

Pasé a Italia, llegué a Alemania, y allí me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. Dejé tomada casa en un pueblo junto a Augusta; juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir a España, muchos dellos, cada año a visitar los santuarios della; que los tienen por sus Indias, y por certísima granjería y conocida ganancia. Andanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real por lo menos en dineros, y al cabo de su viaje salen con más de cien escudos de sobra, que, trocados en oro, o ya en el hueco de los bordones, o entre los remiendos de las esclavinas, o con la industria que ellos pueden, los sacan del reino y los pasan a sus tierras, a pasar de las guardas de los puestos y puertos donde se registran.

Ahora es mi intención, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado (que por estar fuera del pueblo, lo podré hacer sin peligro), y escribir, o pasar desde Valencia, a mi hija y a mi mujer, que se que están en Argel, y dar traza cómo traerlas a algún puerto de Francia, y desde allí llevarlas a Alemania, donde esperaremos lo que Dios quisiere hacer de nosotros; que en resolución, Sancho, yo sé cierto que la Ricota, mi hija, y Francisca, mi mujer, son católicas cristianas; y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo más de cristiano que de moro, y ruego siempre a Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé a conocer cómo le tego de servir; y lo que me tiene admirado es no saber por qué se fué mi mujer y mi hija antes a Berbería que a Francia, adonde podía vivir como cristiana.

A lo que respondió Sancho:

—Mira, Ricote, eso no debió estar en su mano, porque las llevó Juan Tiopieyo, el hermano de tu mujer; y como debe de ser fino moro, fuése a lo más bien parado; y séte decir otra cosa, que creo que vas en balde a buscar lo que dejaste enterrado, porque tuvimos nuevas que habían quitado a tu cuñado y a tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro que llevaban por registrar.

—Bien puede ser eso—replicó Ricote—; pero yo sé, Sancho, que no tocaron a mi entierro, porque yo no les descubrí dónde estaba, temeroso de algún desmán; y así, si tú, Sancho, quieres venir conmigo y ayudarme a sacarlo y a encubrirlo, yo te daré docientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades; que ya sabes que sé yo que las tienes muchas.

—Yo lo hiciera—respondió Sancho—; pero no soy nada codicioso; que a serlo, un oficio dejé yo esta mañana de las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer antes de seis meses en platos de plata; y así por esto, como por parecerme haría traición a mi rey en dar favor a sus enemigos, no fuera contigo si, como me prometes docientos escudos, me dieras aquí de contado cuatrocientos.

—Y ¿qué oficio es el que has dejado, Sancho?—preguntó Ricote.

—He dejado de ser gobernador de una ínsula—respondió Sancho—, y tal, que a buena fe, que no hallen otra como ella a tres tirones.

—Y ¿dónde está esa ínsula?—preguntó Ricote.

—¿Adónde?—respondió Sancho—Dos leguas de aquí, y se llama la ínsula Barataria.

—Calla, Sancho—dijo Ricote—; que las ínsulas están allá dentro de la mar; que no hay ínsulas en la tierra firme.

—¿Cómo no?—replicó Sancho—Dígame, Ricote amigo, que esta mañana me partí della, y ayer estuve en ella gobernando a mi placer como un sagi-

ario; pero, con todo eso, la he dejado, por parecerme oficio peligroso el de los gobernadores.

—Y ¿qué has ganado en el gobierno?—preguntó Ricote.

—He ganado—respondió Sancho—el haber conocido que no soy bueno para gobernar, si no es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos son a costa de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento; porque en las ínsulas deben de comer poco los gobernadores, especialmente si tienen médicos que miren por su salud.

—Yo no te entiendo, Sancho—dijo Ricote—; pero paréceme que todo lo que dices es disparate; que ¿quién te había de dar a tí ínsulas que gobernares? ¿Faltaban hombres en el mundo más hábiles para gobernadores que tú eres? Calla, Sancho, y vuelve en tí, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, a ayudarme a sacar el tesoro que dejé escondido (que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro), y te daré con qué vivas, como te he dicho.

—Ya te he dicho yo, Ricote—replicó Sancho—, que no quiero; conténtate que por mí no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino, y déjame seguir el mío; que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, éllo y su dueño.

—No quiero porfiar, Sancho—dijo Ricote—; pero dime ¿hallástete en nuestro lugar cuando se partió dél mi mujer, mi hija y mi cuñado?

—Sí hallé—respondió Sancho—; y séte decir que salió tu hija tan hermosa, que salieron a verla cuantos había en el pueblo, y todos decían que era la más bella criatura del mundo. Iba llorando, y abrazaba a todas sus amigas y conocidas y a Nuestra Señora, y esto con tanto sentimiento, que le comendasen a Dios y a Nuestra Señora, y esto con tanto sentimiento, que a mí me hizo llorar, que no suelo ser muy llorón. Y a fe, que muchos tuvieron deseo de seguirla, y quitársela a su madre en el camino; pero el miedo de ir contra el mandato del rey los detuvo. Principalmente se mostró mas apasionado don Gaspar Gregorio, aquel mancebo, mayorazgo rico, que tú conoces, que dicen que la quería mucho; y después que ella se partió, nunca más él ha parecido en nuestro lugar. Y ahora, déjame partir de aquí, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde está mi señor Don Quijote.

—Dios vaya contigo, Sancho hermano; que ya mis compañeros se rebullen, y también es hora que prosigamos nuestro camino.

Y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su Rucio, y Ricote se arrimó a su bordón, y se apartaron.

CAPÍTULO LV

*De cosas sucedidas a Sancho en el camino, y otras,
que no hay más que ver.*

El haberse detenido Sancho con Ricote no le dió lugar a que aquel día legase al castillo del Duque; puesto que llegó media legua dél, donde le tomó la noche, algo oscura y cerrada; pero, como era verano, no le dió mucha pesadumbre; y así, se apartó del camino con intención de esperar la mañana; y quiso su corta y desventurada suerte que, buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron él y el Rucio en una honda y escurísima sima que entre unos edificios muy antiguos estaba. Y al tiempo del caer, se encomendó a Dios de todo corazón, pensando que no había de parar hasta el profundo de los abismos; y no fué así, porque, a poco más de tres estados, dió fondo el Rucio, y él se halló encima dél, sin haber recibido lision ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo y recogió el aliento, por ver si estaba sano o agujereado por alguna parte; y viéndose bueno, entero, y católico de salud, no se hartaba de dar gracias a Dios, nuestro Señor, de la merced que le había hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tentó asimismo con las manos por las paredes de la sima, por ver si sería posible salir della sin ayuda de nadie; pero todas las halló rasas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente cuando oyó que el Rucio se quejaba tierna y dolorosamente, y no era mucho ni se lamentaba de vicio; que a la verdad no estaba muy bien parado.

—¡Ay!—dijo entonces Sancho Panza—. Y ¡cuán no pensados sucesos suelen suceder a cada paso a los que viven en este miserable mundo! ¿Quién dijera que el que ayer se vió entronizado, gobernador de una ínsula, mandando a sus sirvientes y a sus vasallos, hoy se había de ver sepultado en una sima, sin haber persona alguna que le remedie, ni criado ni vasallo que acuda a su socorro? Aquí habremos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos antes, él de molido y quebrantado, y yo de pesaroso; a lo menos no seré yo tan venturoso como lo fué mi señor Don Quijote de la Mancha cuando descendió y bajó a la cueva de aquel encantado Montesinos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa; que no parece sino que se fué a mesa puesta y a cama hecha. Allí vió él visiones hermosas y apacibles, y yo veré aquí, a lo que creo, sapos y culebras.

¡Desdichado de mí, y en qué han parado mis locuras y fantasías! De aquí sacarán mis huesos, cuando el cielo sea servido que me descubran, mondos, blancos y raídos, y los de mi buen Rucio con ellos, por donde quizá se echará de ver quién somos, a lo menos de los que tuvieren noticias que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez digo, ¡miserables de nosotros!, que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria y entre los nuestros, donde ya que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltara quien della se doliera, y en la hora última de nuestro pensamiento nos cerrara los ojos. ¡Oh, compañero y amigo mío, qué mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname, y pide a la fortuna, en el mejor modo que supieres, que nos saque deste miserable trabajo en que estamos puestos los dos; que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado poeta, y de darte los piensos doblados.

Destá manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba. Finalmente, habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el día, con cuya claridad y resplandor vió Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó a lamentarse y dar voces, por ver si alguno le oía; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no había persona que pudiese escucharle; y entonces se acabó de dar por muerto. Estaba el Rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pie, que apenas se podía tener; y sacando de las alforjas, que también habían corrido la misma fortuna de la caída, un pedazo de pan, lo dió a su jumento, que no le supo mal, y díjole Sancho, como si lo entendiera:

—Todos los duelos con pan son menos.

En esto descubrió a un lado de la sima un agujero, capaz de caber por él una persona, si se agobiaba y encogía. Acudió a él Sancho Panza, y agazapándose, se entró por él, y vió que por de dentro era espacioso y largo; y púdolo ver porque, por lo que se podía llamar techo, entraba un rayo de sol, que lo descubría todo. Vió también que se dilataba y alargaba por otra concavidad espaciosa; viendo lo cual, volvió a salir adonde estaba el jumento, y con una piedra comenzó a desmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio hizo lugar donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo; y cogiéndole del cabestro, comenzó a caminar por aquella gruta adelante, por ver si hallaba alguna salida por otra parte: a veces iba a oscuras y a veces sin luz, pero ninguna vez sin miedo.

—¡Válame Dios Todopoderoso!—decía entre sí— Esta, que para mí es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo Don Quijote. El si que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y por palacios de Galiana, y esperara salir de esta escuridad y estrechez a algún florido prado; pero yo, sin ventura, falto de consejo y menoscabado de ánimo, a cada paso pienso que debajo de los pies, de improviso se ha de abrir otra sima más profunda que la otra, que acabe de tragarme: bien vengas, mal, si vienes solo.

Esta manera, y con estos pensamientos, le pareció que habría caminado poco menos de media legua, al cabo de la cual descubrió una confusa claridad, que parecía ya que por alguna parte baja entraba, y daba indicio de tener fin abierto aquel, para él, camino de la otra vida.

Aquí le deja Cide Hamete Benengeli, y vuelve a tratar de Don Quijote, que alborozado y contento esperaba el plazo de la batalla que había de hacer con el robador de la honra de la hija de doña Rodríguez, a quien pensaba enderezar el tuerto y desaguizado que malamente le tenía fecho. Sucedió, pues, que saliéndose una mañana a imponerse y ensayarse en lo que había de hacer en el trance en que otro día pensaba verse, dando un repelón o arremetida a Rocinante, llegó a poner los pies tan junto a una cueva, que a no tirarle fuertemente las riendas, fuera imposible no caer en ella. En fin, le detuvo, y no cayó; y llegándose algo más cerca, sin apearse, miró aquella hondura, y estándola mirando, oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente, pudo percibir y entender que el que las daba decía:

—¡Ah, de arriba! ¿Hay algún cristiano que me escuche, o algún caballero caritativo que se duela de un pecador enterrado en vida? ¿De un desdichado desgobernado gobernador?

Parecióle a Don Quijote que oía la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado, y levantando la voz todo lo que pudo, dijo:

—¿Quién está allá abajo? ¿Quién se queja?

—¿Quién puede estar aquí, o quién se ha de quejar—respondieron—, sino el asendereado de Sancho Panza, gobernador, por sus pecados y por su mala andanza, de la insula Barataria, escudero que fué del famoso caballero Don Quijote de la Mancha!

Oyendo lo cual Don Quijote, se le dobló la admiración y se le acrecentó el pasmo, viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debía de ser muerto, y que estaba allí penando su alma; y llevado desta imaginación, dijo:

—Conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cris-

tiano, que me digas quién eres; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por ti; que pues es mi profesión favorecer y acorrer a los necesitados deste mundo, también lo será para acorrer y ayudar a los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios.

—Desa manera—respondieron—, vuesa merced, que me habla, debe de ser mi señor Don Quijote de la Mancha, y aun en el órgano de la voz no es otro sin duda.

—Don Quijote soy—replicó Don Quijote—, el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades a los vivos y a los muertos: por eso dime quién eres, que me tienes atónito; porque, si eres mi escudero Sancho Panza y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa madre la Iglesia católica romana bastantes a sacarte de las penas en que estás, y yo lo solicitaré con ella por mi parte con cuanto mi hacienda alcanzare: por eso, acaba de declararte y dime quién eres.

—¡Voto a tal!—respondieron— Y por el nacimiento de quien vuesa merced quisiere, juro, señor Don Quijote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los días de mi vida; sino que habiendo dejado mi gobierno por cosas y causas, que es menester más espacio para decirlas, anoche caí en esta sima, donde yago, el Rucio testigo, que no me dejará mentir, pues, por más señas, está aquí conmigo.

Y hay más, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó a rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba.

—¡Famoso testigo!—dijo Don Quijote— El rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oigo, Sancho mío. Espérame; iré al castillo del Duque, que está aquí cerca, y traeré quien te saque desta sima, donde tus pecados te deben haber puesto.

—Vaya vuesa merced—dijo Sancho— y vuelva presto por un solo Dios; que ya no lo puedo llevar el estar aquí sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo.

Dejóle Don Quijote, y fué al castillo a contar a los Duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron; aunque bien entendieron que debía de haber caído por la correspondencia de aquella gruta que de tiempos inmemorables estaba allí hecha; pero no podían pensar cómo había dejado el gobierno sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, llevaron, como dicen, *sogas y gente*, y a costa de mucha y de mucho trabajo, sacaron al Rucio y a Sancho Panza de aquellas tinieblas a la luz del sol.

Viólo un estudiante, y dijo:

—Desta manera habían de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido y sin blanca, a lo que yo creo.

Oyólo Sancho, y dijo:

—Diez y seis o diez y siete días ha, hermano murmurador, que entré a gobernar la ínsula que me dieron; en los cuales no me ví harto de pan siquiera una hora; en ellos me han perseguido médicos, y enemigos me han brumado los huesos; y siendo esto así, como lo es, no merecía yo, a mi parecer, salir desta manera; pero el hombre pone, y Dios dispone; y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien a cada uno; y cual el tiempo, tal el tieno; y nadie diga desta agua no beberé; que adonde se piensa que hay tocinos no hay estacas; y Dios me entiende, y basta; y no digo más, aunque pudiera.

—No te enojés, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres; que será nunca acabar; ven tú con segura conciencia, y digan lo que dijeren: es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mesmo que querer poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico de su gobierno, dicen dél que ha sido un ladrón; y si sale pobre, que ha sido un para poco y un mentecato.

—A buen seguro—respondió Sancho—que, por esta vez, antes me han de tener por tonto que por ladrón.

En estas pláticas llegaron, rodeados de muchachos y de otra mucha gente, al castillo, adonde, en unos corredores, estaban ya el Duque y la Duquesa esperando a Don Quijote y a Sancho, el cual no quiso subir a ver al Duque sin que primero no hubiese acomodado al Rucio en la caballeriza, porque decía que había pasado muy mala noche en la posada; y luego subió a ver a sus señores, ante los cuales, puesto de rodillas, dijo:

—Yo, señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningún merecimiento mío, fuí a gobernar vuestra ínsula Barataria, en la cual entré desnudo, y desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien o mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido así el doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, médico insulano y gobernadoresco. Acometiéronnos enemigos de noche; y habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la ínsula que salieron libres y con vitoria por el valor de mi brazo; que tal salud les dé Dios como ellos dicen verdad. En resolución, en este tiempo yo he tanteado las cargas y las obligaciones que trae consigo el gobernar, y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba;

y así, antes que diese conmigo al través el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al través; y ayer, de mañana, dejé la ínsula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que tenía cuando entré en ella. No he pedido prestado a nadie, ni metíome en granjerías; y aunque pensaba hacer muchas ordenanzas provechosas, no hice casi ninguna, temeroso que no se habían de guardar; que es lo mesmo entonces hacerlas que no hacerlas. Salí, como digo, de la ínsula, sin otro acompañamiento que el de mi Rucio; caí en una sima, víneme por ella adelante, hasta que esta mañana, con la luz del sol, ví la salida; pero no tan fácil; que a no depararme el cielo a mi señor Don Quijote, allí me quedara hasta el fin del mundo. Así que, mis señores Duque y Duquesa, aquí está vuestro gobernador Sancho Panza, que ha granjeado en solos diez y siete días que ha tenido el gobierno, conocer que no se le ha de dar nada por ser gobernador, no de una ínsula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando a vuestras mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos, que dicen «salta tú, y dámela tú», doy un salto del gobierno, y me paso al servicio de mi señor Don Quijote; que en fin en él, aunque como el pan con sobresalto hártome a lo menos; y para mí, como yo esté harto, eso me hace que sea de zanahorias que de perdices.

Con esto dió fin a su amarga plática Sancho, temiendo siempre Don Quijote que había de decir en ella millares de disparates; y cuando le vió acabar con tan pocos, dió en su corazón gracias al cielo; y el Duque abrazó a Sancho, y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno; pero que él haría de suerte que se le diese en su estado otro oficio de menos carga y de más provecho. Abrazóle la Duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal traído y peor parado.

CAPÍTULO LVII

Que trata de cómo Don Quijote se despidió del Duque.

Ya le pareció a Don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenía; que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacía en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites que, como a caballero andante, aquellos señores le hacían; y parecíale que había de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento; y así, pidió un día licencia a los Duques para partirse.